

La justicia es el remedio

No vemos otra cosa en telegramas y telefonemas que se cruzan, en las columnas de periódicos, que gritos de indignación, venganzas de ira, clamores y reclamaciones de agencios y demandas de castigo cruel contra el asesino.

La pasión, al servicio del convencionalismo, olvida los preceptos de esa misma religión cristiana que ha elevado nuestro nivel y afirmado la igualdad de clases y de condición entre los hombres.

No se pone la inteligencia al servicio de la razón, ni el pensamiento a profundizar las causas de esos hechos que, por lo repetidos, constituyen una verdadera epidemia que ataca a reyes, jefes de Estado y grandes maguatos de la política y de la dirección de los pueblos.

Parece que el pensamiento humano no puede salir del estrechísimo círculo de llorar sobre el cadáver que hirió certeramente la osadía o el atrevimiento, la ofuscación o la pasión política, ó que armó, quién sabe si una causa informada en altos principios de nivelación de equilibrio social y de justa reparación.

No hacemos la apología del crimen, ni eximimos de la culpa propia al delincuente; juzgamos con imparcialidad los sucesos y vemos con serenidad los peligros de que está rodeada la sociedad actual en las personas de sus principales directores, precisamente para que se vaya a un estudio meditado y severo de las causas y sus antecedentes, y se procuren los elementos de curación indispensables.

Déjese para la intimidad de la familia, para el sentimiento de los allegados, esas manifestaciones de excesivo dolor y de profunda pena; pero no nos convirtamos todos en verdaderas planiferas de un dolor aparente, y estudiemos mucho y apliquemos los remedios adecuados en vez de lanzar maldiciones y llenar el espacio de gritos de indignación, y excitar las pasiones de esos eternos desheredados, reclamando medidas de rigor, en vez de un tratamiento curativo por los procedimientos que la ciencia aconseja.

Fijémonos en que a una iniciativa de rigor y de medidas excepcionales ha respondido el afilado puñal ó la certera puñería de un Caserio ó de un Angiolillo; que periódicamente se ha manifestado el enemigo en las sombras y que ha lanzado al instrumento que cantando alabanzas hatirado su gorra á lo alto en honor de gracias, y que el director sigue oculto, impenetrable cual si fuese una sombra ó un espíritu que se manifiesta sólo para hacer el trágico suceso y que vuelve a desaparecer hasta nuevamente tomar cuerpo para seguir su labor destructora y de luto.

Contra esto no valen los ejércitos, ni las naciones armadas hasta los dientes; no valen los recursos de todas las policías del mundo; no producen resultado esas medidas de rigor, ni siquiera infunden temor, sino que, por el contrario, son, por lo visto, poderoso acicate para armar otro brazo ó para utilizar un nuevo instrumento dispuesto al sacrificio, después de haber alarmado al mundo oficial con un nuevo crimen.

Pensemos en que la sociedad actual es muy deficiente; que su organización es muy viciosa; que en el mundo preside y domina el privilegio; que hay poderosos elementos humanos que viven en completa esclavitud, no a manera de los antiguos siervos, sino de un modo más irritante, porque es la esclavitud de la injusticia, de la inmoralidad y del privilegio, que tan mal se adapta a las condiciones del hombre que se considera igual a sus semejantes, y que, sintiendo las mismas necesidades, se ve oprimido y rebajado a una condición de inferioridad, como si fuera un servil y degradado, arrastrando una existencia llena de miserias y de privaciones de todo género, en medio del fausto y de la opulencia; arrastrando la miseria, víctima de la anemia, en el estéril y frío, sin aire, sin luz, sin pan y sin abrigo, hiriendo sus oídos las estridentes carcajadas de la bacanal y del vicio.

Estadistas y pensadores, sabios y políticos; hombres, en fin, que se elevan sobre el nivel ordinario, deben meditar con la serenidad propia del hombre justo, del varón severo, acerca de los sistemas adecuados para desarmar el brazo que tan seguramente hierre y que tan carente golpe asesta, no para otorgar concesiones ni establecer otros privilegios, sino para deducir de las causas del mal el remedio y aplicarle para nosotros es sencillísimo el diagnóstico.

La justicia debidamente distribuida, la equidad rectamente aplicada, y el derecho imperando sin trabas, cortapisas ni limitaciones, curarían radicalmente al enfermo y aventarían la infección que pesa sobre la sociedad actual, con una positiva eficacia y como único específico, que las medidas de rigor solo servirán para agravar el mal.

En vez de llorar, pensemos, elevándonos a la región serena de la razón y de la verdadera justicia, y así imperará la paz en el mundo y evitaremos nuevos derramamientos de sangre.

Nota del día

No hay como tener amigos periodistas para tener el gusto de pasar á la posteridad haciendo cabriolas.

Lagartijo, como torero gallardo, inteligente; como genuino representante de una clase eminentemente popular y española, que provocó los entusiasmos más arrebatadores y las protestas más incultas, hubiera sido una figura de relieve, de resonancia, que en el día de mañana, cuando no existiera la generación que le vió, unas veces muy valiente, y otras veces muy cobarde, en el ejercicio de sus funciones públicas, embellecida con las galas mentirosas de la fábula y con las diez mil mentiras que han dejado escritas de ella sus eternos é interesados aduladores... hubiera sido una figura —iba diciendo— digna y merecedora de respeto dentro del radio histórico en que se desarrolló.

Pero, amigo, sacadas á los cuatro vientos de la publicidad esas ensartas de dicharachos sociales con que los admiradores del maestro están ahora apedreando al sentido común, queriendo presentar ante la vindicta pública como ingenio de mayor cuantía, y como actor cómico en casinos y plazuelas, la noble figura del que compartió su pan con los pobres, y su dinero con los desgraciados, porque de ellos lo ganó, antes que ennobleciera, la empuñó; antes que alabarla, la humillan; antes que limpiarla, la ensucian.

Dijeran de él:

—Lagartijo fué un español que llevó en sí la representación de toda España en su mayor decadencia, porque tuvo la habilidad de eclipsar con su capote á las mayores nombradas, haciéndolas llegar á sus pies á rendirle acatamiento y sumisión. Hijo del pueblo, á él le debió su fama y su fortuna, y con él la compartió. Fué un gran torero y un buen hombre.—

Y... ¡nada más!

¡Que lo dejen dormir en paz el sueño eterno, ya que allí no han de ir á importunarle con insultos y pitos!...

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Ya va apagándose el fuego de la indignación que se levantara por el asesinato cometido en la persona del rey Humberto.

En esto, como en todo, se cumple el refrán de—El muerto al hoyo y el vivo al bollo.
Por otra parte, los hechos consumados no tienen otra soldadura que respetarlos tales y como son.

Los llamados á evitar esas catástrofes, odiosas para todos, son los que debieran pensar en el remedio.

Parece que el regicidio se comenta, con razón, entre nuestros sevillanos de la peregrinación.

Y se dice que hay algunos de los que están aiostados que á Roma no van por nada, sino los llevan atados,

¡Tendrán fé estos caballeros en la santa religión, que porque matan á un rey se derrieten de emoción!

Y apropósito.

El *Correo*, que es un periódico monárquico, y que, al parecer, no le ciega la monarquía, escribiendo acerca del regicidio, exclama:

«Los gobiernos resuelven los problemas por la fuerza; hacen muy poco caso del sentimiento particular de los pueblos; privan á éstos de su libertad si son débiles; les imponen determinadas reglas comerciales, y, en una palabra, proceden movidos de la ambición y de la arbitrariedad.

¿Qué autoridad, por tanto, tienen los gobiernos para una campaña de justicia?
Se ve que por todas partes reinan la violencia y el egoísmo; el más fuerte desposee al débil, y este ejemplo, engendrador de una inmensa perturbación moral, tiene que producir sus naturales consecuencias.»

Eso es hablar con sentido común, relegando á un rincón las mil y una vulgaridades de reglamento.

Y respecto de lo mismo, dice Roberto Castroviejo:

«Los católicos verán en este crimen la mano de Dios y creerán vengado en Humberto el despojo del poder temporal de los Papas. Debieran callar avergonzados, porque Italia, cuna del Pontificado, asiento de la Iglesia, pueblo católico, es la nación en la que el asesinato se ha desarrollado y perfeccionado más. El homicidio es en Italia una tradición.

Se mata allí por venganza y por capricho, y se hizo siempre de la muerte del enemigo procedimiento político. El anarquismo de acción, el criminal, es indudable que está floreciente en los países católicos y latinos. Puede la Iglesia apuntarse esa entre sus glorias.»

Ya lo sabes, padre Montaña.

Apúntate esa, y guarda el bulto, que tiran á dar.

Y sigue diciendo otro—y ustedes perdonen, porque ahora no se habla de otra cosa:—

«Mas cabe observar que los atentados anarquistas bien cañicados no han herido hasta ahora más que á los jefes de Estados, en los cuales la persecución contra el anarquismo ha sido viva, tenaz y en ocasiones violenta.

Todavía el anarquismo no ha hecho víctimas en Inglaterra, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Suiza y las Repúblicas sudamericanas, países donde los gobiernos, ó no han querido, ó no se les ha presentado ocasión de extremar los rigores contra la propaganda anarquista.»

No, no es eso.

Lo que sucede en esos países es... que los obreros no ganan, como en Italia, treinta céntimos y un plato de rancho, según dice don Vicente Blasco Ibañez, testigo de mayor excepción, porque ha estado allí y lo ha visto.

Lo que sucede en esos países es... que el pueblo trabaja para sí y para el Estado, y no para la Iglesia y para el fraile.

Y por este orden vayan ustedes apuntando y sacarán el conocimiento firme de que ciertas cosas no suceden allí donde no se da ocasión para que sucedan.

Se dice que en Alicante hay ya partidas carlistas...
¿Pero no se han enterado que ya han salido partidas, y que han entrado en Palacio buscando una princesita?
Dejen quietos los fusiles, las cañanas y bombas...
¡Ahora está la diplomacia jugándonos la partida!

Dice un colega:

«En San Sebastián ha puesto remate á las holganzas y alegrías de una fiesta el estallido de un morterete que ha lesionado á varias personas. Lo que en realidad estaba dispuesto como fuego de artificio, ha resultado mortífero disparo.»

¡Si lo tengo dicho!

Que no les toquen á las armas de fuego de la marina, que no les toquen.
Si los españoles las tenemos para vista.
Y si no... ¡que lo digan los yanquis!

De *El Globo*:

«Ha salido para los baños de Solares el general Blanco.»

Nos alegramos.

A ver si deja en esos baños la caspa heroica que trajo de la Habana.

En donde dijo que antes de entrar allí los yanquis pasarían por encima de su cadáver, y, cuando llegó la hora, dejó en la Habana su cadáver y él se vino para España.

En donde sigue cobrando como si tal cosa.

CARRASQUILLA.

Desde París

Correspondencia particular de EL BALUARTE, por su redactor Adolfo Vasseur.

Muchas circunstancias me obligaron á visitar, hoy día de mi llegada, el famoso pabellón de *l'Andalousie*; es una inmensa *tomadura de pelo*; vale 3 francos la entrada en ese pabellón en el que, según el cartel, se representan los usos y costumbres de los andaluces en la Edad Media. No es posible imaginarse cosa más burda. El edificio está bien, y entre sus particularidades está el patio central, algo mayor que el de la casa de Pilatos, muy bien hecho y de puro estilo árabe; las decoraciones de las demás partes del pabellón son muy bonitas, pero (salvo error) no tiene más estilo que aquel del empresario; pero si el ó los empresarios pierden el dinero, no es por falta de recurrir á todos los medios para sacarlo de los visitantes.

La empleomanía es judía en su mayor parte;

muchos argelinos y tangerinos se pasean envueltos en sus *burnaus*, todos gritando desaforadamente, sin duda para dar á entender que los españoles lo hacíamos así en la Edad Media; también pululan moras y españolas nacidas en los suburbios parisienses, vistiéndose de egipcias; unos cuantos camellos, conducidos del roncal por sus amos, se pasean en el recinto; más allá unos cuantos burros blancos, enjaezados á la morisca, representan á sus congéneres del Sacro Monte; y, en fin, unas cuevas llenas de mozas *sus generis* brindan al cándido visitante con bebidas del país. Llega la hora de las solemnes representaciones: el público toma asiento en unas gradas de madera, frente á una pista en forma de cuadrilátero de unos 50 metros de larga por 10 de ancha; empieza la función; se presenta un romano con una trompeta como las de Semana Santa, extrae de sí sobre un sonido ronco y sale un... elefante conducido por un... inglés; éste habla al paquidermo en el idioma de John Bull, lo hace arrodillar, encabritarse, etc., etc. No sabía que en España, ó mejor dicho, en Andalucía, durante la Edad Media, se solazaban nuestros antepasados en esos ejercicios.

Segundo número. Un heraldo de armas anuncia que se iba á correr la j ólvora, y al rato salen seis jinetes que corren alrededor de la pista armados de escopetas que descerrijan al aire en detrimento de la seguridad del público; eso dura unos 15 minutos, y le sucede el espectáculo de un desafío llevado á cabo por dos jinetes, montando muy bien, es verdad, pero sin conocer pizca el manejo de las espadas; uno simula haber sido vencido y... se acabó. Acto seguido salen á la pista todas las españolas y mozas reclutadas en los arrabales de París; y vestidas de persas unas, de gitanas otras y las demás de manera incalificable, hacen una especie de cabalgata que, siu querer, me hizo pensar en el alcalde de Sevilla.

Lo de la pista se acabó y pasamos al teatro, ó escenario de Terpsicore. Allí, para bien demostrar la fantasía de los andaluces de la Edad Media, sale una muchacha de Montmartre vestida de egipcia y bailándose ¡ay qué baile! ¡Habremos visto algunos escabrosos y raros? Pues bien, ninguno como ese. Con decir que el final de ese extraño baile consiste en acostarse la muchacha boca arriba y... no sé cómo escribir eso, se... retuerce como si le fuera á venir un ataque epiléptico; luego esa misma bailarina canta, con *la gracia* y gracejo que se pueden ustedes figurar, algunas coplas españolas de las últimas zarzuelas, y el público, que es un gran bobaticón, aplaude frenéticamente la fiel interpretación de los usos y costumbres de los andaluces de la Edad Media.

Gracias á Dios hacen su aparición en escena nuestras paisanas, pero de veras, capitaneadas por el simpático maestro de bailes sevillanos Segura, y entonces se suceden nuestros graciosos bailes con tanta rapidez como éxito. ¡Vaya unas *panaeras*! Debo confesar que en el número de los espectáculos no he visto ni oído un solo español; todos son americanos, ingleses, alemanes, rusos, noruegos, austriacos, y muchos asiáticos; sin embargo, al final de un jaleo ejecutado con todas las reglas del arte, oigo unos ¡viva Sevilla! que salen de un palco; me acerco y eran unos estudiantes del Uruguay, que hablaban de España en términos poco hechos para dar á conocer que hablaban de su abuela....

Les ruego no consideren esto como una crónica, sino como un simple relato de cómo se dan á conocer al mundo entero los progresos que, desde la edad media acá, hemos hecho.

Mi llegada ha coincidido con la del tirano asiático el Sha de Persia que es muy festejado aquí, y del que hablaré en mi próxima.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

LA VIRTUD DE LA CONSECUENCIA

Hablamos de la consecuencia de los republicanos en sus ideales, de un mérito verdaderamente inapreciable en estos tiempos de rebajamiento y de refinado egoísmo personal.

Pero la consecuencia en algunos, en los que todo lo fueron en 1873, es de un carácter y de una significación muy distintas de los que no fueron nada, hasta un extremo tal, que en estos últimos es una verdadera abnegación y un sacrificio de los propios intereses en holocausto de la patria y en aras de las ideas, en tanto que en los primeros ha podido influir mucho el qué dirán y pesar en su ánimo un cambio de frente hacia la monarquía, cuando, gracias á la República, lo fueron todo.

Es más que el pudor de la castidad, el rubor de la malicia. También puede influir el pensamiento en la historia.

Ni este consuelo tendremos los innominados, porque nadie se acordará de nosotros más que en montón, y á estos dejos compasivos de los coetáneos sucederá el silencio de la historia.

Pero no echemos la culpa á nadie. La tenemos nosotros mismos. La misma consecuencia nos ha colocado en una situación tal de servilismo, que por ser disciplinados hemos sacrificado en ocasiones á interiores intereses de partido, la realización de ciertos actos que, aun estimados de locura, hubieran servido para afirmar la existencia de republicanos apasionados y de hombres dispuestos al sacrificio para implantar los ideales que han sido el culto de toda su vida.

Hemos tenido miedo al ridículo, nos ha asustado el qué dirán, y hemos preferido seguir mudos é ignorados, por falta de valor ó de decisión, ó por sobra de respeto y de consideración á nuestros hombres más eminentes, que siempre se han cuidado de anatematizar toda acción dirigida por republicanos que no hubiera partido de ellos, y, desgraciadamente, de ellos no ha partido ninguna.

Si los que han tratado de intentos de empeño, no se hubieran detenido ante consideraciones de cierto orden, probablemente el partido republicano merecería hoy mayores respetos á los enemigos; pero consecuentes hasta el sacrificio, hemos carecido de la decisión del hombre audaz y de las parcialidades capaces de grandes empresas, por un falso concepto que se tiene aquí de muchas cosas; y nuestra consecuencia no tiene más mérito que el de una sumisión de debilidad y de cobardía ante los grandes dignatarios del republicanismo, á quienes miles de veces hemos motejado de falta de fé, de falta de energía, de indecisión, habiendo llegado algunos á manchar sus labios acusándoles de traidores y de prevaricadores, rindiéndose enseguida como siervos á las plantas del señor y protestando con la soez calumnia, con la grosera difamación contra cualquiera decidido que se ofrecía en sacrificio para ir á la verdadera revolución redentora, donde no han ido ni irán nuestros hombres y todos los que con ellos laboran, en la ilusión de que un paseo militar ó una gran parada pueden darnos el triunfo.

Por esto se ha hablado siempre y se han alimentado esperanzas en algún desengaño ó desairado del campo de enfrente. Por esto, y por el concepto equivocado que generalmente se tiene del ideal republicano y de su verdadera misión en el Gobierno de un pueblo, hemos fiado en un hombre ó en un general despechado el triunfo de la causa que defendemos, sin pararnos á reflexionar que si esto hubiera sucedido, adios consecuencia, adios ideales, adios sacrificios.

Todo lo hubiéramos perdido en un solo día, y esa virtud de la consecuencia de que blasonamos, aparecería como hipócrita vestidura ó ropaje en que se envolvían y ocultaban pasiones de ambición y medro, tanto más censurables cuanto más ocultas.

Nuestra consecuencia es la del ideal; nuestra fuerza consiste principal y casi exclusivamente en el culto fervoroso á principios y procedimientos de gobierno fundados en la democracia y apoyados por la mayoría de los conciudadanos.

Otra cosa, ni es ser consecuente en las ideas, ni tener fé en su virtualidad para imponerlas con el sacrificio de todos y rompiendo abiertamente con los convencionalismos al uso y con este sistema de mentira y de hipocresía que condenamos en público.

La consecuencia fundada en las ideas nos daría el triunfo positivo de la moral.

La consecuencia del miedo nos traerá un cambio de postura en beneficio de unos cuantos, y nada más, si no traen también el desarrollo de ambiciones que puede desacreditarnos en cuatro días.

¿Serán consecuentes en los ideales esos oradores republicanos que salieron á alguna provincia á hacer la apología de la Unión Nacional mirando á sus particulares intereses?

¿Serán consecuentes en el ideal esos buenos ciudadanos que ciegamente cantaron las glorias y secundaron las miras y los propósitos de la Unión Nacional, y esos otros que cándidamente se dejan arrastrar por la palabra de Romero? ¿Tendrán verdadera conciencia de lo que son los principios y las ideas esos consecuentes republicanos que van en pos del primero que llega, con tal que grite mucho y no haya sido republicano?

¿Serán consecuentes con las ideas, y estarán bien penetrados de lo que es y de lo que debe ser un gobierno republicano, esos directores de nuestra política, que en vez de preparar al pueblo para un gran movimiento que se inicie en un lugar cualquiera, y sea como el reguero de pólvora que se extienda por todas las ciudades y villas de España, apelan á otros medios y preparan combinaciones que todo lo más se traducirán en un cambio de postura en que lo ver-

daderamente republicano sería, si acaso, un factor de segundo orden?

Ni los unos ni los otros pueden ser consecuentes; porque los que así proceden, ni pueden tener conciencia del verdadero ideal, ni conocen la virtud de la consecuencia, ni son capaces del sacrificio por la causa ni pueden ser los llamados á realizar los puros ideales de la República ni las grandes transformaciones que éstos demandan al verdadero servicio de la causa del pueblo y de los intereses de la civilización y del engrandecimiento de España.

A.

HUMBERTO

Si no estuviera tan desacreditado el oficio de profeta, hace años que podía haberse anunciado, sin miedo á equivocación, el asesinato del rey de Italia.

El crimen político es italiano. En otros siglos existió en todas las naciones, pero el enfriamiento de la pasión y la tolerancia que trae la cultura, lo han hecho desaparecer de muchos pueblos, sobreviviendo únicamente en Italia, como si aún estuviéramos en aquellos tiempos de la Florencia medioeval, donde se gobernaba á puñaladas y la primera función de los gobernantes era rodearse de esbirros que vivieran junto á ellos como la sombra va unida al cuerpo, no abandonándose ni aun en la cama.

En pocos años Caserio asesina al presidente Carnot, Angiolillo á Cánovas, Lucheni á la emperatriz de Austria. Todos son italianos: matan con la más asombrosa sangre fría, sin errar el golpe.

¿Iba á ser en Italia el asesinato político un artículo puramente de exportación? En un país que produce hombres capaces de atravesar media Europa para ir á dar muerte al sér odiado, sólo conocido por los relatos de los periódicos, ¿iba á librarse de este peligro el soberano más próximo y en contacto con tan peligrosos exaltados?...

Por esto resultaba lógico prever que un día ú otro la mano italiana que resucitaba el crimen político en diversos estados europeos, se revolvería dentro de su casa, matando al enemigo más cercano. El rey Humberto acaba de ser asesinado por un súbdito suyo. Era de esperar; y más aún teniendo en cuenta las agitaciones y represalias de Italia.

Como España es un país ignorante que se nutre de frases hechas y de afirmaciones que adquirió hace treinta años, sin cuidarse de ratificarlas por sí el tiempo y los sucesos las han modificado, pasa aquí como cosa corriente é indiscutible que los monarcas de la casa de Saboya son adorados por todos los italianos, y que no hay reyes en el mundo tan populares y queridos.

Esto fué verdad en otro tiempo: hace ya algunos años que es mentira. Coronados por la revolución, y en continuo antagonismo con el Papado, los reyes de la casa de Saboya tenían la popularidad del éxito, gozaban del prestigio de la Unidad Italiana realizada. Víctor Manuel era el Padre de la Patria, y la nación adoraba como un ídolo bondadoso á aquella especie de cocinero con grandes mostachos, simpático vividor que tomó la vida por su parte más alegre, y no haciendo nada notable, obtuvo prestigios de héroe, sin más trabajo que haber nacido en la misma época que Cavour, Garibaldi, Cialdini, etcétera.

Gran parte del prestigio del padre lo heredó Humberto al ocupar el trono. Uno y otro no eran más que soldados vulgares, valerosos, pero de cortos alcances, incapaces de hacer nada por sí solos y obligados á vivir en tutela perpetua, dirigidos por un hombre superior. Víctor Manuel tuvo á Cavour, á Ratazzi y á otros hombres notabilísimos, y fué grande. Humberto sólo ha contado con el fatal Crispi, y por el camino del descrédito ha llegado hasta parecer á manos de un italiano.

Cuando subió al trono, la generación que había luchado por la unidad italiana le adoraba. Los patriotas no podían olvidar al Humberto de 18 años, que con su regimiento formaba el cuadro y se defendía como un león contra los enemigos de Italia en la batalla de San Martino.

Pero todo pasa. En la nueva generación que ha encontrado ya hecha la unidad, estos recuerdos gloriosos causan poca mella. Además, los Saboyas son unos reyes como los demás. Mientras vivieron en los campamentos persiguiendo un ideal de ambición, un ensueño de gloria, fueron siempre soldados: al vivir en palacio después del triunfo se convirtieron en monarcas iguales á los otros.

Bajo la sugestión del exrepublicano Crispi (su fatal Mefistófeles) Humberto esterilizó la obra

de la unidad, colocando á Italia en una situación económica peor mil veces que cuando vivía en el fraccionamiento.

Para darse importancia ante Europa y tratar de tú á los emperadores de Alemania y Austria, sosteniendo el compadrazgo de la Triple Alianza, creó una escuadra y sostuvo un ejército innecesarios que devoraban y devoran toda la riqueza del país. Los tributos cada vez más altos; los recaudadores obligados á cobrar á tiros los impuestos: muchedumbres famélicas sublevándose todos los años en los campos para acabar fusiladas sin misericordia; un feudalismo industrial en la Italia del Norte y una aristocracia rural en el Sur que hacen revivir los abusos medioevales.... Y Humberto tan tranquilo, dedicándose á sus placeres con la misma sencillez democrática que aquí mostraba su hermano Amadeo, creyendo que Crispi era el primer estadista del mundo é Italia la nación más feliz de la tierra.

Particularmente era Humberto un hombre apreciable y simpático, lo que hace llorar su muerte. Leal, valeroso, de recta conciencia y dulces sentimientos: pero bajo los erizados cabellos de su cráneo no había nada, y como en cierta ocasión me decía paseando por las calles de Turín el eminente Edmundo de Amicis: «Humberto sólo se distinguía como á primer bigote de Italia.»

Para imitar á Alemania y dar empleo á sus innecesarios armamentos, quiso tener colonias, y aconsejado por Crispi se metió en la loca aventura de Abisinia, donde ni agua había para los soldados y donde su ejército sufrió las más vergonzosas derrotas.... ¡Arruinar el país para alcanzar tales deshonras! Fué aquel desastre semejante al nuestro en las colonias sólo que el pueblo italiano tiene más agallas que nosotros; va derecho al centro del mal y no se para en clamar contra los ministros.

Desde entonces ya no hubo paz. Se acabó la popularidad de los Saboyas: las ciudades industriales como Milán dieron muerte á Humberto.

Se preparaba una revolución. Todos los descontentos de Italia se aglomeraban y confundían para combatir á la dinastía. Por un lado la propaganda clerical que no puede olvidar la toma de Roma; por otro el socialismo, que encuentra miles y miles de fervorosos soldados, en un país donde la mayor parte de las fábricas dan como jornal á los obreros treinta céntimos y una caldera de rancho; el descontento de las capitales de los pequeños estados que hoy se ven arruinados y agonizantes por culpa de una unidad que para nada ha servido; y el odio y la rabia de los habitantes de los campos que viven como sucio rebaño, durmiendo como bestias, alimentándose de hortalizas, mientras sus amos los aristócratas de Roma, agrupados en torno de la dinastía saboyana, imitan el fausto de los elegantes de París y Londres, inventando extravagancias que Gabriel D'Annunzio relata en sus novelas con fidelidad de testigo.

El movimiento contra la casa de Saboya estalló en Milán hace dos años. Fué una revolución grandiosa y desesperada. Preocupados por nuestras desgracias en las Antillas y Filipinas, pocos en España fijaron la atención en los sucesos de Milán. Durante tres días, más de 30,000 obreros se batieron en las barricadas al grito de ¡viva la República social! con tal arrojo, que las tropas fueron rechazadas y hubo que venderles á cañonazos.

Después del triunfo, Humberto fué inexorable. Los concejos de guerra funcionaron durante un mes. Se mató, se martirizó; á miles fueron deportados los hombres á las islas de Lipari para trabajar en las minas de azufre, donde muere en pocos años el ser más robusto y fuerte; hasta los diputados y los periodistas fueron enviados á presidio sin más delito que sus opiniones.

Hacen mal los gobernantes cuando, entregados al sangriento vértigo de la represión, convierten la justicia en venganza.

A los aullidos de dolor de los presos martirizados en Montjuich contestó al poco tiempo el pistoletazo de Santa Agueda.

El resultado de las venganzas de Milán ha sido esos tiros del revólver de Angel Bressi en Monza, la ciudad real que guarda la antigua diadema de hierro de Lombardia.

La corona de Italia pasa al príncipe de Nápoles, el hijo único de Humberto, último vástago anémico, triste y débil, de una familia que ha vivido mucho y ha gozado más aún.

Ese joven ni tiene el prestigio de su abuelo, ni la fortaleza militar de su padre. Es un enfermo con corona, como otros que también reinan.

La ciencia dice que no puede tener hijos y que no llegará á viejo.... Y aunque viviera mucho, ¿qué? No está el peligro en los resortes de su

cuerpo, sino en el organismo nacional que se revuelve contra el régimen monárquico.

Italia se siente enferma como toda nación latina y busca la renovación.

El asesinato, aunque sea político, siempre es asesinato; como inspira repugnancia no transforma instantáneamente la faz de una nación.

¿Pero quién puede asegurar que los tiros de Monza no han acelerado en algunos años el término de la monarquía de los Saboyas, nacida de una revolución, á la que engañó, y destinada á pagar su deuda?

BLASCO IBÁÑEZ.

De actualidad

EXEQUIAS

Dicen de Roma que los funerales por el rey Humberto fueron solemnes.

Asistieron las autoridades, jefes y oficiales del ejército y muchedumbre.

VERDI

Según despachos de Roma, Verdi ha ofrecido escribir una misa de requiem para los funerales del rey Humberto.

EL SUCESOR

El lunes será la reunión de las cámaras italianas para proclamar á Victor Manuel.

Prestará juramento y se votará luego la lista civil.

Dicen de Berlín que ha sido preso en El-Berfeld un albañil italiano, el cual declaró que después de la muerte de Humberto estaba acordado el asesinato del Emperador de Alemania.

OTRO ATENTADO

Se ha cometido en París un atentado contra el Shah de Persia.

Disparó un tiro de revólver, resultando ileso el Shah.

Indignación general.

Noticias de París indican que el atentado se verificó cuando el Shah de Persia salía del palacio de los soberanos en la Exposición.

Un individuo, esgrimiendo un palo, acercóse al grito de «vivan los hijos del pueblo.»

Detenido, ocupósele un revólver.

El atentado ocurrió en el Bois de Bologne. El gran Visir y el general Parent, que acompañaban al Shah, detuvieron la mano criminal que esgrimía el revólver, cayendo dentro del coche.

MÁS DEL ATENTADO

Dicen de París que el autor del atentado contra el Shah vestía de obrero.

La multitud abalanzóse contra el criminal. Este ha declarado que siente el fracaso.

El agresor del Shah es piemontés.

Ocupáronle un revólver y un cuchillo.

SILVELA

El jefe del Gobierno pasará ocho días en Cestona, antes de la expedición marítima.

UN COMLOT

Según despachos de Londres, noticias del Cabo dicen que en Pretoria encontráronse documentos que comprometen á importantes personajes ingleses en un complot á favor de los boers.

ALARMA

En San Sebastián produjo alarma el rumor de que descarriló un tren procedente de Francia, resultando 13 muertos y 30 heridos.

Dato negelo.

Créese que se ha confundido con el descarrilamiento de un tren inglés.

HUELGA

En Bruselas declaráronse en huelga los vidrieros.

CHINA

Lord Seymour encargóse de la defensa de Shanghai.

Los ejércitos aliados marchan á Pekín.

EL «CLIPPER»

Zarpó de Kiel la «Autilus» para Willunshaven por el canal.

FARMACÉUTICOS

El congreso farmacéutico de Valencia ha acordado la tarifa única.

BOERS QUE SE RINDEN

Los boers evacuaron á Machadodorp y se han sometido el comando de Wimburgo y Senekal compuesto de 600 hombres.

A Hunter se le han entregado 1,200 y varios jefes.

Siguen las rendiciones y entregas de armas.

Calculáse que los prisioneros son 4,000.

ACCIDENTE INTENCIONADO

Los boer han descarrilado un tren inglés, resultando 13 ingleses muertos y 39 heridos.

CLASES PASIVAS

El Gobierno propone realizar importantes economías en las clases pasivas en vista de la proporción excesiva de pensiones.

MARRUECOS

Una tribu marroquí atacó á un convoy francés, matando á 9 é hiriendo á 9.

Fué rechazada con grandes pérdidas.